

El nombre de las letras

Ana Teberosky
Cristina Martínez Olivé*

Introducción

En recientes estudios de psicología de la lectura se plantea un interés creciente en el papel que el conocimiento del nombre de las letras tiene en el aprendizaje del principio fonológico del alfabeto (Bowman y Treiman, 2002; Byrne, 1992; Treiman, Tincoff y Richmond-Welty, 1996; 1997; Treiman y Tincoff, 1997; Treiman, Tincoff, Rodríguez, Mouzaki y Francis, 1998). La mayoría de los estudios previos sobre las letras se habían centrado en el plano sintagmático, es decir en los grafemas como unidades bilaterales (significante y significado), para así ver la segmentación paralela de lo escrito y lo oral. En estos estudios recientes, en cambio, el interés reside en el inventario de los nombres de las letras y en analizar si éstos pueden constituir un puente entre la oralidad y la escritura, dado que en el nombre de la letra se pronuncia el fonema al que refiere. Por ejemplo, en "be" se pronuncia el fonema /b/.

Este tema toca cuestiones teóricas que ya se habían planteado, desde una perspectiva interdisciplinar, en ámbitos próximos. Por ejemplo, la necesidad de distinguir entre escritura y lengua (Blanche-Benveniste, 2002; Ferreiro, 2002; Sampson, 1997) y entre sistema de escritura y ortografía (Ferreiro *et al.*, 1996; Gak, 2001; Lara, 2000). De forma semejante, la cuestión del papel del nombre de la letra en el aprendizaje del principio alfabético requiere una distinción entre escritura y conformación del abecedario (Béguélin, 2002; Blanche-Benveniste y Chervel, 1969; Catach, 1984; Lara, 2000; Malkiel, 1993; Ullman, 1980). Es nuestro interés utilizar esta perspectiva interdisciplinar para analizar el origen y uso de las letras como unidades de lo escrito y sus relaciones con la oralidad y, a partir de allí, plantear un estudio exploratorio sobre dicho uso.

También en el ámbito de las letras se debe inscribir la cuestión de la relación entre el abecedario y el principio fonológico en la reflexión más general sobre la historia del alfabeto, sobre el estatuto lingüístico de los nombres de las letras y sobre su estatuto psicológico en el proceso de aprendizaje. Por ello, nos hemos interesado en preguntarnos de dónde vienen los nombres de las letras, cuál es su estatuto en la lengua y cómo son usadas por los niños y cómo serán enseñadas por los adultos.

Primera pregunta: ¿de dónde vienen los nombres de las letras?

Debemos el alfabeto a los semitas, las vocales a los griegos, la forma de las letras a los romanos, sus nombres a los etruscos; y heredamos de todos ellos muchas de sus ideas sobre las letras y la escritura (Desbordes, 1990:113; Ullman, 1980:191).

* Facultad de Psicología. Universidad de Barcelona.

Los griegos, en efecto:

- 1) adaptaron el alfabeto semita de escritura consonántica, agregando la escritura de *vocales*. A partir de este agregado, clasificaron las letras en vocales, semivocales y consonantes.
- 2) Además, conservaron también de los semitas *el orden del alfabeto*, excepto algunas pérdidas y adiciones.
- 3) Para adaptar el alfabeto tuvieron que realizar una reinterpretación de las letras semíticas. Esa reinterpretación se produjo a partir del aprendizaje de los *nombres de las letras* y del principio acrofónico¹. Tomaron los nombres de las letras del fenicio, que eran nombres que tenían un significado y una función en esa lengua original, porque nombraban las letras con palabras que significaban algo y así cumplir con una función mnemónica. Para los griegos, en cambio, esos nombres no tenían significado, y la única función era mostrar a través de su inicial el sonido que representaban (Ullman, 1980:167). Por ejemplo, <K> se llamaba "kaf" en lengua semítica, que quería decir "mano o puño", en griego pasó a ser "kappa", que no quería decir nada. Fue usada con el valor de /k/, el primer sonido del nombre "kappa", dado que por el principio de acrofonía ése parecía ser su valor correcto (Sampson, 1997:146).

Los etruscos conservaron el principio de acrofonía, pero tampoco tenía relación con el nombre de una cosa, sino con el nombre original de la letra en el alfabeto griego. Los etruscos simplificaron los nombres del alfabeto griego: las vocales se pasaron a llamar con sus propios sonidos ("alfa" pasó a ser "a"), las consonantes se llamaron por el procedimiento de adición de la vocal /e/, la más neutra de las vocales etruscas, para dar lugar a "de", "te", etc. Las semivocales se nombraron inicialmente pronunciando la consonante sin vocal: /lll/ era <L>, /sss/ era <S>, etc. Luego los nombres de las semivocales pasaron a ser palabras, es decir se lexicalizaron mediante la adición de la vocal neutra /e/ al comienzo: "el", "es", etc. Los etruscos fueron responsables de la discontinuidad en los nombres respecto a los griegos, porque mezclaron dos tendencias: la de preservar el principio acrofónico con el nombre originario; y la de buscar una relación más directa con las propiedades fonológicas que las letras representaban (Calvet, 1996:126; Sampson, 1997:157).

Los romanos, a su vez, tomaron contacto con la escritura alfabética a través de los etruscos y sólo cinco siglos después lo hicieron directamente con la escritura griega. Como principio general, estos nombres pasaron al latín y de allí a las otras lenguas.

Pero la cuestión de la categorización de las letras, del orden alfabético y de las propiedades para distinguir entre nombre y valor sonoro no estaba tan clara entre los antiguos, quienes hacían afirmaciones del tipo "la voz humana está constituida de letras" (Desbordes, 1990:113). Sin embargo, como señala Desbordes, hicieron enormes esfuerzos para diferenciarlas. Entre los esfuerzos

¹ El principio acrofónico (del griego *akros*, "extremo" y *phone*, "voz") consiste en representar sonidos mediante dibujos de cosas cuyos nombres comienzan con el sonido en cuestión, idea que la escritura semítica tomó prestada de los egipcios (Sampson, 1997:113). Por este principio se abstraen los signos de ciertas palabras por medio de la segmentación de la primera sílaba y se pasa de la primera a la segunda articulación.

de diferenciación debemos mencionar los siguientes:

- ◆ Entre el nombre y valor: los griegos distinguían entre nombrar la letra, entonces decían [alpha], y darle un valor /a/; los latinos tuvieron la ilusión de identificar nombre y valor a partir de la posibilidad de hacerlo con las vocales. Ello les llevó a la creencia en la *autonimia*², o sea hablar de la unidad como si fuera posible reproducirla con la misma expresión que en el discurso. Según Desbordes (1990:114), los latinos intentaron superar esta confusión por medio de dos procedimientos: el primer procedimiento a través de diferenciar entre "*littera*" y "*elementum*", el primer término hacía referencia, preferentemente, a la unidad gráfica aislada, y el segundo a la unidad como constituyente articulado de una unidad mayor. El otro procedimiento consistió en diferenciar los atributos de la letra, que ya los gramáticos griegos habían distinguido: el poder para representar sonidos (*potestas*), su configuración (*figura*) y su nombre (*nomen*).
- ◆ Entre figura y nombre parece una distinción obvia, aunque no lo era para los antiguos. Está el carácter gráfico que vemos; y está el nombre que se pronuncia oralmente para identificar la letra. Sin embargo, parecía como si la sola figura gráfica de la letra representara su nombre, de modo que daba lugar a cierto tipo de escritura silábica en donde la letra valía por la sílaba, en coincidencia con su nombre (Desbordes, 1990:123). Así por ejemplo, con la consonante en "bene", que se podía escribir "bne". Sin embargo, como sostiene Desbordes, una vez puesta en un sintagma en una escritura alfabética la letra pierde la vocal de su nombre de modo que subsiste su valor consonántico.

¿Qué ocurre entre nuestros contemporáneos en relación con los mismos temas? Los últimos cambios en el caso del castellano, indican que continúan las oscilaciones a la hora de determinar, por ejemplo, *cómo contar las letras del alfabeto*. Los dígrafos <CH> y <LL>, que figuraban en el orden alfabético, fueron quitados en 1993 por una normativa de la Real Academia de la Lengua, después de 190 años de constituir entradas en los diccionarios (Salvador y Lodaes, 1996:11). En la misma época se suscitó un conflicto cuando una compañía norteamericana, fabricante de teclados de computadora, propuso la eliminación de <Ñ> del abecedario español (Lara, 2000:7). Oscilaciones semejantes se produjeron en catalán para determinar si la <Y>, que sólo se usa en el dígrafo <NY>, es o no una letra del orden alfabético. Estas oscilaciones se explican por la decisión institucional de compartir un "alfabeto latino universal" de 26 letras que excluya las particularidades lingüísticas regionales (Lara, 2000:6).

Oscilaciones semejantes se producen en relación con *cómo nombrar las letras*. Por ejemplo, el nombre "uve", usado en castellano de España para la letra <V> por contraste con <U>, sólo aparece como denominación en la edición de 1947 del diccionario académico. En otros países de América Latina se usa la denominación "ve baja", por contraste con la "be alta". La tradición escolar es la responsable de que le pusieran apellidos a ambas letras para distinguirlas al hablar: "ve corta", "ve baja" y "be larga" o "be alta" (Salvador y Lodaes, 1996:36).

² El término *autonímico* etimológicamente significa "que es el nombre de sí mismo, que se designa a sí mismo" (de *onoma* y *auto*, Rey-Debove, 1997:132).

Si, además de nombrarlas oralmente se trata de *escribir el nombre de las letras*, entonces se plantean verdaderas dificultades no sólo ortográficas, sino también conceptuales. Por ejemplo, ¿el nombre de <Z> se escribe según las reglas ortográficas de las palabras castellanas, es decir "ceta", o siguiendo la etimología griega, es decir "zeta"? ¿El nombre de <V> (pronunciado "be") se escribe con <V> o con ? Para muchos hablantes de España y América Latina en el nombre de <C> (pronunciado "se") no está la /k/ sino la /s/.

Segunda pregunta: ¿cuál es el estatuto de los nombres de las letras en la lengua?

Para responder a esta cuestión parece necesario tener claro, como reflexionaban los antiguos, que los nombres de las letras no son letras (*figura*), ni son nombres de fonemas (*potestas*), sino nombres de grafías (*nomen*) (Rey-Debove, 1997:158). Para ello hay que considerar que los nombres de las letras se han lexicalizado y funcionan como una palabra en sí misma (Rey-Debove, 1997:139). Aunque en las lenguas modernas han perdido el significado referencial tan pleno que tenían en las lenguas semitas (donde *bet* significa "casa" y *guimel* "camello"), se consideran palabras desde el punto de vista morfológico, lexical, ortográfico y pragmático (Malkiel, 1993: 20-22).

Por ejemplo, como elementos morfológicos los nombres de letras tienen género y número. Desde el punto de vista lexical, pueden funcionar como familias léxicas. Es el caso del verbo español *sesear*, derivado del nombre de la letra, que forma sustantivos y adjetivos. Siguen las reglas ortográficas, como cualquier palabra de la lengua. Y se les aplican reglas pragmáticas. Por ejemplo, el uso del orden alfabético da lugar a expresiones o palabras, del tipo "de la 'a' a la 'zeta'", "abecé", "abecedario"; etc. Por otra parte, el uso de las letras en las siglas ha dado lugar a un nuevo procedimiento de lectura que consiste en leer morfemas o palabras en letras: como KO en inglés, que se lee /káo/; o en las abreviaturas que se componen de la primera y última letra de la palabra (Dr., Sr., Mr., Ud., etc.); o de la primera letra y la última sílaba (Sta., Cta., Dcha., etc.), que se leen como palabras completas. La referencia a la forma de las letras (generalmente la mayúscula) ha favorecido expresiones del tipo "un giro en S", "un cuello en V", "una antena en T", etc., donde el nombre designa la forma material de la letra (Rey-Debove, 1997:157; Malkiel (1993:23-26).

En resumen, los nombres de las letras no son letras ni son nombres de fonemas. Sin embargo, el uso de las letras con nuevas funciones ha dado lugar a expresiones en las que se designa su propia forma (como en "un giro en S"), pero eso no convierte a la forma en nombre. Tampoco la coincidencia incidental de ser nombre de sí misma, como en el caso de las vocales, hace de los nombres de letras signos motivados o nombres de fonemas. Ni las nuevas funciones representativas para sílabas, morfemas o palabras convierten a las letras (figura o nombre) en sílabas, morfemas o palabras. Como en el caso de otras unidades de la lengua, los nombres son términos metalingüísticos que se usan para referirse al lenguaje. Pero a diferencia de otras unidades de la lengua, los nombres de letras forman parte del léxico, en cambio los fonemas no se lexicalizan y no pueden ser representados más que por letras (o signos adecuados como los del Alfabeto Fonético Internacional, Rey-Debove, 1997:157).

Estas diferentes condiciones de tipo histórico o lingüístico, que han afectado a las letras y sus nombres, son el resultado de factores pragmáticos que se explican por el recurso a préstamos o a reutilizaciones, y no a un programa planificado y explícito de construcción del abecedario (Béguélin, 2002:38). Sin embargo, en el ámbito escolar y en muchos estudios psicológicos se piensa que los nombres de las letras tienen una relación directa con el valor fonémico, como si funcionaran de forma transparente (Béguélin, 2002:36). Esta interpretación deja suponer que su única función es la de correspondencia fonográfica, cuando el alfabeto ha sido creado con unos fines, y es reutilizado con fines técnicos nuevos; y por tanto tiene el rastro de un modo de estructuración pragmática que obedece a reglas propias, en virtud de finalidades específicas (Berrendonner y Reichler-Béguélin, 1989:100).

Tercera pregunta: ¿cómo son aprendidos los nombres de las letras?

De acuerdo con nuestra información, se han realizado investigaciones sobre nombres de letras entre adultos (Jacquemin, 1992) y con niños, desde una perspectiva cognitiva (Byrne, 1992; Bowman y Treiman, 2002; Treiman *et al.*, 1996, 1997, 1998) y desde una perspectiva evolutiva (Quinteros, 1997). Los adultos presentan ciertas dificultades para diferenciar entre nombre y valor sonoro. Estas dificultades no se dan cuando se identifican las unidades nombrándolas, pero la dificultad aparece cuando se trata de expresar por escrito el nombre de la letra. Pareciera como si la letra sólo pudiera tener un nombre oralizado; como si en lo escrito la letra se presentara a sí misma, a través de su forma gráfica (Jacquemin, 1992:147). Algo semejante a lo que ocurre con los números, que son fáciles de captar cuando están en cifras, pero no cuando su nombre está escrito con letras (Blanche-Benveniste, 1998:37). No deja de ser paradójico este funcionamiento ideográfico de las letras en la escritura alfabética.

Entre los niños, como hemos mencionado, se otorga un papel cada vez más importante al nombre de las letras desde la perspectiva cognitiva. Se trata de investigaciones en inglés, donde los nombres de las letras tienen una relación bastante directa con los sonidos que representan (Byrne, 1992; Bowman y Treiman, 2002; Treiman *et al.*, 1996, 1997, 1998). Por ejemplo, el nombre de las letras presenta una estructura bastante regular en inglés: 12 de las 26 letras del alfabeto tienen nombres que responden a la estructura de monosílabos con consonante y vocal, en 6 de ellas la vocal es /i/ con la estructura C+V, y en 6 de ellos la vocal inicial es /e/ con la estructura V + C.

Además de la estructura del nombre, la influencia de prácticas culturales puede ser un factor determinante. En Estados Unidos los niños aprenden los nombres de las letras antes de comenzar la escolarización, hacia los 5 años identifican correctamente una media de 15,5 letras de las 26 del alfabeto (Treiman *et al.*, 1997; 1998). Las autoras sugieren que esta información puede ser usada para aprender las correspondencias fonográficas. Ocurre sobre todo cuando el valor sonoro consonántico está implicado en el nombre de la letra (como /b/ en "bee") más que cuando no lo está (como /w/ en "double-you"). La posición del fonema en el nombre también es importante: los niños llegan más fácilmente a aislar el fonema si está al comienzo del nombre que si está comprendido en él (como /f/ en "eff").

Desde una perspectiva evolutiva, un estudio realizado en castellano obtiene resultados diferentes, mostrando que la función que los niños prealfabetizados atribuyen a las letras cambia según el nivel de desarrollo de la escritura (Quinteros, 1997). Es decir, que se da una situación de interacción entre el uso de las letras y la capacidad de análisis oral de la palabra que intentan escribir. Respecto a los nombres de letras, Quinteros señala acertadamente que así como existen letras consonantes con nombres silábicos ("ka", "pe", "te"), recíprocamente quizá los niños podrían pensar que existan nombres silábicos que se corresponden con letras (Quinteros, 1997:39). Aunque conozcan muchas letras, los niños desconocen cuántas hay en total en nuestro sistema. También son incapaces de descubrir las unidades vocal y consonante que hay en la palabra a escribir o en el nombre de la letra, hasta que no comprenden el principio alfabético de la escritura. Respecto a los valores sonoros, el análisis de las escrituras espontáneas pone en evidencia que los niños utilizan una misma letra para indicar unidades sonoras diferentes. Los valores sonoros diferentes están en función de la posición que cada letra tiene en el conjunto de letras de su escritura. Ni siquiera es posible interpretar que las formas gráficas son estables, como para un adulto. Por ejemplo, las variaciones entre mayúsculas y minúsculas pueden ser usadas como variaciones no de una misma letra sino de letras diferentes (Quinteros, 1997:56).

En resumen, la consideración del conocimiento del nombre de las letras como un factor influyente en el aprendizaje debería interpretarse a la luz de los datos evolutivos y no dar por supuesto que: 1) el conocimiento de las letras (nombre y forma) precede al aprendizaje de la lectura y la escritura; y 2) este conocimiento puede ser usado como puente para la oralidad, como si permaneciera igual durante todo el proceso de aprendizaje (Ferreiro, 2002:160).

Cuarta pregunta: ¿cómo serán enseñados los nombres de las letras?

Antes de poder responder a esta pregunta hemos comenzado con un estudio exploratorio preguntándonos qué saben los profesores sobre las letras. En particular cuántas letras, según ellos, forman parte del orden alfabético y cómo se denominan. Para averiguarlo, hemos adaptado la encuesta propuesta por Jacquemin (1992), que consiste en preguntar el orden y el nombre escrito de las letras. El recurso a la ortografía es interesante pues pone en evidencia concepciones sobre los nombres que la sola respuesta oral ocultaría. Por ejemplo, si una persona llama "be" a las letras y <V> que en lo oral son homófonas, en lo escrito tiene que decidir cuál ortografía representar. Por otra parte, dado el medio bilingüe de nuestro estudio hemos entrevistado a dos grupos, uno en castellano y otro en catalán, porque las dos lenguas tienen tradiciones y ortografías diferentes.

El estudio empírico

Respecto a la estructura de los nombres de las letras, en castellano y en catalán las 26 letras se componen de la manera presentada en la siguiente figura (Ver Figura 1).

FIGURA 1
Denominación de las letras del alfabeto en catalán según P. Fabra (1990), y en castellano según DRAE (2001).

	CATALÁN	CASTELLANO		CATALÁN	CASTELLANO
A	a	a	N	ena	ene
B	be	be	O	o	o
C	ce	ce	P	pe	pe
D	de	de	Q	cu	cu
E	e	e	R	erra	erre
F	efa	efe	S	essa	esse
G	ge	ge	T	te	te
H	hac	hache	U	u	u
I	i	i	V	ve baixa	uve
J	jota	jota	W	doble ve baixa	uve doble
K	ca	ka	X	ics	equis
L	ela	ele	Y	i grega	i griega
M	ema	eme	Z	zeta	zeta

Entrevistamos a los dos grupos de profesores, uno en formación y de lengua catalana (N=28); y otro en activo y de lengua castellana (N=24), a los que se les pasó el cuestionario. Para categorizar las respuestas se tuvieron en cuenta dos criterios: según un primer criterio se contabilizó el número y el orden de letras que fueron recordadas en el alfabeto catalán y castellano. En este análisis se contabilizaron aciertos, omisiones, y adiciones de letras. Según el segundo criterio, las denominaciones de las letras se clasificaron en referencia a los nombres convencionales en cada lengua. En este análisis se contabilizaron respuestas convencionales y errores. Los errores podían ser de dos tipos: *ortográficos*, cuando el nombre se podía pronunciar como la palabra oral, pero era escrito sin ortografía convencional (por ejemplo, escribir "ache" sin <H>); o bien errores que hemos denominado con *tendencia referencial*, que consisten en interpretar la forma (*figura*) como portadora del nombre (por ejemplo, "v baixa"), o como necesaria en el nombre de la letra (por ejemplo, escribir el nombre de <X> incluyendo la letra en el nombre: "ixs" y "equix", en lugar de la escritura convencional de "ics" y "equis").

Resultados

1. Componentes del alfabeto

En relación con el primer criterio, observando la Tabla 1, podemos ver que globalmente hay un mayor porcentaje de letras no recordadas en la muestra del grupo castellano. A pesar de que las diferencias no son significativas entre ambas lenguas, estos resultados indican que no hay un conocimiento exhaustivo del repertorio de letras que componen el abecedario. Si realizamos un análisis más detallado de las *omisiones* de letras particulares, en función de la lengua, podemos destacar que:

- ◆ En catalán, <Y> ha sido una de las letras con un mayor porcentaje de omisión (21,43%). Debemos recordar que no tiene independencia gráfica, en catalán, <Y> forma siempre dígrafo con la "ene" en <NY>.
- ◆ En castellano, las menos recordadas como pertenecientes al alfabeto fueron <W> (29,17%), <U> y <V> (ambas con un 12,50%).

En cuantos a los *agregados*:

- ◆ En catalán, el dígrafo <LL> fue tratado como unidad gráfica del abecedario en un 50% de la muestra. En menor porcentaje, se incluyeron <NY>, <Ç>, <RR> y <SS>, aunque los dos últimos dígrafos tan sólo por tres adultos.
- ◆ En castellano, el 92% de la muestra agregó el diacrítico <Ñ>, y un 60% el dígrafo <CH>. Además, un 24% de la muestra añadió <LL> y <RR>. ¿Se trata de respuestas de defensa patriótica de las letras amenazadas de exclusión en el alfabeto latino internacional o de falta de actualización por parte de los profesores?

2. Denominación de letras

En relación con el segundo criterio, podemos observar en la Tabla 1 que se ha dado un porcentaje elevado de letras que fueron denominadas según la convención establecida en cada una de las lenguas, pero también un alto porcentaje de errores. Este porcentaje de errores parece comportarse de forma diferente en función de la lengua: un 24% presenta denominaciones no convencionales en catalán, mientras que tan sólo un 10% presenta respuestas no convencionales en castellano.

TABLA 1

Comparación de porcentajes totales de omisiones en orden alfabético y denominaciones de las letras en catalán y en castellano.

CATEGORÍAS DE RESPUESTAS	CATALÁN %	CASTELLANO %
Omisiones en el orden alfabético	1,80	3,38
Ortografía convencional en denominación	73,34	86,33
Errores ortográficos en denominación	18,37	7,40
Tendencia referencial en denominación	6,49	2,89

Para averiguar este comportamiento diferente según las lenguas se compararon las medias de respuestas convencionales en ambos grupos. Los resultados muestran que existen diferencias significativas entre ambos grupos ($t(48,27) = -4.715, p < .001$), siendo el grupo castellano el que presenta mayor cantidad de respuestas convencionales (el número medio de letras convencionales en castellano es 22, en catalán es 19). En cuanto a los errores ortográficos, también se compararon las medias confirmándose que estas diferencias se comportan significativamente ($t(32,52) = 5.149, p < .001$).

Si analizamos los resultados atendiendo a las letras individuales, las denominadas de forma convencional fueron las vocales. En segundo lugar, la casi totalidad de la muestra denominó de forma convencional las consonantes cuyo nombre era compuesto por CV, como , <C>, etc., aunque como veremos <C> presenta dificultad en catalán.

En cuanto a los errores, considerando las letras individuales, observamos diferencias entre los grupos sobretodo en las semivocales (<F>, <L>, etc.). En la denominación de estas letras se produjo un mayor porcentaje de errores de tipo ortográfico en catalán. Como podemos ver en la Figura 1, en catalán la segunda vocal del nombre se escribe con <A>. Muchos de los errores cometidos por el grupo catalán consistieron en escribir con <E> final en lugar de <A>. Dos interpretaciones son posibles: o bien se explica por la influencia del alfabeto nombrado en castellano en un medio bilingüe, o bien por la posibilidad de escribir con <E> neutra final que puede pronunciarse como <A>, dando lugar a nombrar la letra de forma homófona con su nombre convencional. Ambas hipótesis son plausibles.

Además, si analizamos el porcentaje de error en las letras restantes consideradas de forma individual, podemos ver que existe un conjunto de letras cuyos nombres tienen 12 particularidades específicas: unas, por la posibilidad de

homofonía lo que da lugar a la alternancia ortográfica (error ortográfico); otras, por la tendencia a interpretar la forma como portadora del nombre o por la posibilidad de acrofonía (tendencia referencial).

Si atendemos a <H> podemos constatar un tipo de error ortográfico que se da en ambas lenguas y que se debe a la posibilidad de alternancia de esta letra según el contexto. Es decir, tener que decidir si escribir el nombre "hac" o "hache" con o sin <H> inicial. Esto también ocurre entre dos nombres que presentan características de homofonía, como en <I> (I e Y), en <V> (V y B) y en <C> (C y S). La influencia del valor sonoro (como en "hache" y "ache") o la situación de homofonía (entre "be" y "ve") induce a una alternancia ortográfica en los nombres de dos o más letras. Éste es el caso en catalán de <C> escrita como "se", de <Y> escrita como "i", y de <V> escrita como "be baixa".

Un porcentaje elevado de letras, cuyos nombres podrían escribirse siguiendo el principio de una cierta acronimia (algo así como "la letra en el nombre de la letra"), dio lugar a errores de tipo referencial. Éste es el caso de las letras <K>, <Q> y <X> en catalán, que se escribieron incorporando la misma letra en el nombre ("ka", "qu" y "ixs") y de las letras <Q> y <X> en castellano ("qu" y "equix"). También es el caso de la suficiente presencia de la forma (algo así como "la forma equivale al nombre") como en "v baixa" para <V>.

El primero de los resultados, el hecho de que los profesores presenten errores en el orden alfabético, podría estar indicando una defensa patriótica, pero también una falta de actualización. Si atendemos a los errores en la denominación, en coincidencia con los resultados de Jacquemin (1992), queda claro que el nombre de la letra es fundamentalmente un conocimiento del registro oral. Si hubiéramos pedido una identificación oral de las letras no se hubieran puesto en evidencia estos aspectos, sobre todo la confusión entre nombre, valor y forma. Es posible que en ambos casos se trate de una confusión conceptual entre grafemas y letras, o entre el funcionamiento de la correspondencia fonográfica en el sintagma y el funcionamiento como unidad en el inventario. Si los profesores (en activo o en último curso de formación) tienen esta confusión, es porque creen que en la configuración del abecedario ya está inscrito el principio fonológico de la escritura alfabética.

En conclusión

En este artículo hemos intentado mostrar que en el origen de las letras, en tanto instrumentos al servicio de la escritura, y en su uso en diversos contextos hay una relativa independencia de éstas respecto al principio fonológico de la escritura alfabética. Esta independencia queda clara cuando se trata de las relaciones entre los atributos de las letras, en particular la relación no transparente del nombre de la letra respecto al valor sonoro y a la forma gráfica. Creemos que los responsables de estudiar su aprendizaje y de fundamentar las decisiones educativas tendrían que tomar en cuenta este funcionamiento en los diferentes contextos culturales a lo largo de la historia.

Referencias bibliográficas

- Berrendonner, A. y M-J. Reichler-Béguelin (1989) "Décalages: Les niveaux de l'analyse linguistique." En **Langue Française**, **81**, 99-125.
- Béguelin, M-J. (2002) "Unidades de lengua y unidades de escritura. Evolución y modalidades de la segmentación gráfica." En E. Ferreiro (comp.) **Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura**. Barcelona, Gedisa, 31-52.
- Blanche-Benveniste, C. (1998) **Estudios lingüísticos sobre la relación entre oralidad y escritura**. Barcelona, Gedisa.
- Blanche-Benveniste, C. (2002) "La escritura, irreductible a un código." En E. Ferreiro (comp.) **Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura**. Barcelona, Gedisa, 15-30.
- Blanche-Benveniste, C. y A. Chervel (1969) **L'orthographe**. Paris, Maspero.
- Bowman, M. y R. Treiman (2002) "Relating Print and Speech: The Effects of Letter Names and Word Position on Reading and Spelling Performance." En **Journal of Experimental Child Psychology**, **82**, 305-340.
- Byrne, B. (1992) "Studies in the Acquisition Procedure for Reading: Rationale, Hypotheses, and Data." En P.B. Gough, L. Ehri y R. Treiman (eds.) **Reading Acquisition**. Hillsdale, NJ, Erlbaum, 1-34.
- Calvet, L-J. (1996) **Histoire de l'écriture**. Paris, Hachette.
- Catach, N. (1984) **L'orthographe française**. Paris. Éditions Nathan.
- Desbordes, F. (1990) **Idées romaines sur l'écriture**. Lille, Presses Universitaires de Lille.
- DRAE (2001) **Diccionario de la Real Academia Española**. Madrid, Espasa.
- Fabra, Pompeu (1990) **Diccionari General de la Llengua Catalana**. Barcelona, Edhasa.
- Ferreiro, E. (2002) "Escritura y oralidad: unidades, niveles de análisis y conciencia metalingüística." En E. Ferreiro (comp.) **Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura**. Barcelona, Gedisa, 151-172.
- Ferreiro, E; C. Pontecorvo; N. Ribeiro Moreira e I. Hidalgo (1996) **Caperucita Roja aprende a escribir**. Barcelona, Gedisa.
- Ferreiro, E y A. Teberosky (1979) **Los sistemas de escritura en el desarrollo del niño**. México, Siglo XXI.
- Gak, V. (2001) "À propos du système graphique français: quelques problèmes à discuter." En C. Gruaz y R. Honvault (eds.) **Variations sur l'orthographe et les systèmes d'écriture**. Paris, Honoré Champion.
- Jacquemin, D. (1992) "Des lettres sans nom? Ou la confusion des représentations de A à Z." En **Lidil**, **7**, 133-159.
- Lara, L. F. (2000) "La nueva ortografía de la Academia y su papel normativo." En **Nueva Revista de Filología Hispánica**, Tomo XLVIII, **1**, 1-23.
- Malkiel, Y. (1993) **La configuración de las letras como mensaje propio**. Madrid, Visor Libros.
- Quinteros, G. (1997) **El uso y función de las letras en el período pre-alfabético**. México, Serie DIE.
- Rey-Debove, J. (1997) **Le métalangage**. Paris, Armand Colin.
- Salvador, J. y J. Lodaes (1996) **Historia de las letras**. Madrid, Espasa.
- Sampson, G. (1997) **Sistemas de escritura. Análisis lingüístico**. Barcelona, Gedisa (Versión original en inglés 1985).
- Treiman, R.; R. Tincoff y E. Richmond-Welty (1996) "Letter Names Help Children to Connect Print and Speech." En **Development Psychology**, **32**, **3**, 505-514.
- Treiman, R.; R. Tincoff y E. Richmond-Welty (1997) "Beyond Zebra: Preschoolers' Knowledge about Letters." En **Applied Psycholinguistics**, **18**, 391-409.
- Treiman, R. y R. Tincoff (1997) "The Fragility of the Alphabetic Principle: Children's Knowledge of Letter Names Can Cause Them to Spell Syllabic Rather than Alphabetically." En **Journal of Experimental Child Psychology**, **64**, 425-451.
- Treiman, R.; R. Tincoff, K. Rodríguez, A. Mouzaki y D. Francis (1998) "The Foundations of Literacy: Learnig the Sounds of Letters." En **Child Development**, **69**, **6**, 1524-1540.

Ullman, B. L. (1980) **Ancient Writing and its Influence**. Toronto, University of Toronto Press.

*Este artículo fue recibido por la Redacción de **LECTURA Y VIDA** y aceptado para su publicación en agosto de 2003.*